



CONSOLACIÓN GONZÁLEZ RICO

ESCLAVOS DE UN MOTIVO

FINALISTA
L PREMIO PLANETA DE NOVELA

PREMIUM

Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Citas](#)

[¿Libertad o determinismo?](#)

[Los hilos de la causalidad](#)

[El tiempo y sus efectos](#)

[Leonor](#)

[Ráfagas de presente y pasado](#)

[Cerca del amor y de la muerte](#)

[Amistad y confidencias](#)

[Carta de mi hijo](#)

[Arrebatados por la niebla](#)

[Fuego y cenizas](#)

[Regreso a lo cotidiano](#)

[La huida](#)

[Entre el amor y el olvido](#)

[Anselmo](#)

[La relatividad de la distancia](#)

[El descubrimiento del amor](#)

[El cortejo](#)

[Juventud y utopía](#)

[Palabras de amor, de la mano del viento](#)

[El agua y la sed](#)

[La fuerza de Eros](#)

[El día después](#)

[Supervivencia](#)

[La vida](#)

[Ecós](#)

[El nacimiento de mi hijo](#)

[De vuelta a casa](#)

[Encuentro inesperado](#)

[Contrastes](#)

[La promesa](#)

[El último adiós](#)

[El vuelo hacia los sueños](#)

COLECCIÓN NARRATIVAS HISPÁNICAS

©: Consolación González Rico, 2013.

©: Premium Editorial, 2020.

www.editorialpremium.es

Edición: Premium Editorial.

Diseño cubierta: Premium Editorial.

Imagen cubierta: Celia Iglesias Ballesteros.

I.S.B.N. DIGITAL: 978-84-122181-8-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por impresión, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Propiedad Intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*No hay en el alma ninguna voluntad libre,
sino que el alma es determinada
a querer esto o aquello por una causa,
que también es determinada por otra,
y ésta a su vez por otra,
y así hasta el infinito.*

Baruch de Spinoza

¿Libertad o determinismo?

Muchas veces he intentado enfrentarme al papel y plasmar por escrito la historia de mi vida. Hace años me empujaba el deseo de volver a vivir mis recuerdos, pero estaban tan recientes que evocarlos tan sólo dolía tanto como desprender un vendaje de una herida infectada, y las primeras cuartillas acababan en el cesto de los papeles debido a un mero problema de supervivencia. Hoy, aunque todavía quedan cicatrices que duelen cuando se desatan las tormentas del alma, quiero intentarlo de nuevo, sin demasiada convicción de que esta vez pueda llevar a término mi propósito.

Todo sucedió como estaba escrito, diría si creyera en la fuerza que para muchos explica el ir y venir de la existencia humana. Todo sucedió siguiendo un inexorable principio de causalidad, quiero más bien admitir de acuerdo con las teorías deterministas que discutía en aquellas clases del Curso Preuniversitario en el Ramiro de Maeztu, tan diferentes a las que el Colegio de las Teresianas me tenía acostumbrada.

Aún recuerdo la voz clara y rotunda de mi profesor de Filosofía. El largo tiempo transcurrido no ha borrado de mi mente el brillo de sus ojos redondos y penetrantes, que concedían a su rostro, junto con su nariz aguileña, el aspecto de un águila majestuosa. Y con la misma pericia y elegancia que si de un águila se tratara, nos hacía volar por los cielos del pensamiento en busca de respuestas a la trascendencia, al bien y al mal, a la libertad.

Aquella tarde de primavera la discusión se centraba en la libertad de los actos humanos.

—¿No creen ustedes —preguntaba muy seguro de la respuesta— que el principio de causalidad formulado por Kant es aplicable también a nuestros actos volitivos? ¿O acaso piensan que somos libres cuando, después de vencer las eternas dudas que agitan nuestro espíritu, creemos que hemos elegido entre esto o *aquello*?

Su dedo índice largo y huesudo volaba en diagonal una y otra vez, hundándose hasta enrojecer en los extremos opuestos de la pizarra donde había escrito dos palabras: CAUSA - EFECTO.

Yo, con la vehemencia y pasión de mis pocos años, y la influencia todavía reciente de los principios religiosos que me habían inculcado las Teresianas, intentaba rebatirlo.

—Si mis actos no son libres, ¿dónde queda mi responsabilidad? ¿Dónde mi libre albedrío? Si Dios nos ha abandonado en este mundo caótico, despojados de una voluntad libre para hacer esto o dejar de hacer *aquello*, ¿cómo puede pedirnos cuentas al final del camino? ¿Cuál es la razón del premio y el castigo? Si existe un Dios justo, y éste debe ser uno de sus atributos, ¿cómo podrá juzgarme por aquellos actos carentes de una absoluta y total libertad a los que me han conducido unas causas que se me escapan, que son ajenas a mí?

Me había levantado de mi asiento sin ser consciente de ello. Las mejillas me ardían, y mi voz había ido cobrando un tono enfático que chocaba con el silencio que se hizo en el aula.

—No sea ingenua, señorita Morales; la libertad no existe. Siempre actuamos guiados por el motivo más fuerte — aseveró de forma irrefutable.

Mis dudas y su seguridad quedaron suspendidas en la estancia hasta que fueron borradas por el sonido del timbre. Su respuesta sin embargo quedaría para siempre en

los registros de mi cerebro, y durante unos minutos, en los golpes de mi sangre, que sentía en las sienes con furia. Quizá con miedo.

Miré al cielo a través de los cristales y su aspecto me pareció premonitorio. En lugar de un azul diáfano, propio de la ya avanzada primavera, se presentaba como una bóveda negrísima en la que pude contemplar, como única respuesta a mis dudas, un sobrecogedor dibujo de luz zigzagueante que me produjo un escalofrío.

—El motivo más fuerte —susurré ocupando mi silla.

Era una premonición. Aún faltaban algunos años para que yo descubriera, con la claridad de un relámpago, cuál iba a ser *mi motivo más fuerte*; el que desencadenaría las tormentas de mi vida.

Los hilos de la causalidad

Pero los años de universidad pasarían pronto, y allí estaba, no exenta de cierta angustia, recogiendo mi especialidad de anestesista y a punto de lograr mi primer trabajo.

Todo había resultado demasiado fácil para alguien que como yo, en boca del Catedrático de Ginecología, tenía «el vicio de la responsabilidad unido a la virtud de una cabeza bien amueblada». La frase no me disgustó, sobre todo venida del temido y admirado Profesor Antúnez. Del vicio estaba segura; lo había adquirido con los años. En lo concerniente a su opinión sobre las *virtudes* de mi cabeza, tengo que admitir también que me ayudó a conquistar parcelas de seguridad y autonomía, imprescindibles para abrirme camino en el terreno profesional, casi vedado entonces a una mujer de veinticuatro años.

Desde luego, no creo que mi pelo caoba oscuro, ni mis ojos verdes, ni mis largas extremidades, que remataban una figura un tanto delgada para los gustos de la época, tuvieran nada que ver con el afecto sincero que siempre mostró por mí el Catedrático de Obstetricia y Ginecología.

Aquella mañana, me había citado en la Secretaría de la Facultad para entregarme personalmente la credencial que me habilitaría para el ejercicio de mi especialidad como anestesista. Su gesto fue todo un detalle y un honor para mí.

—Andrea Morales Aguilar.

Había pronunciado mi nombre y mis dos apellidos despacio, otorgando la solemnidad precisa a cada uno, como

siempre tenía por costumbre hacerlo. Yo me sentía nerviosa y aturdida frente a él. A pesar de los años transcurridos, puedo sentir todavía su mano derecha aplastándome los nudillos, a la vez que con la izquierda retenía aún mi anhelado trofeo.

—Aquí tiene, doctora Morales, su flamante licencia para dormir el dolor —dijo con voz solemne y cercana—. Espero que sepa ejercer su profesión con la misma dignidad y brillantez que siempre ha mostrado en todo cuanto hace.

La emoción que me producía aquel ansiado momento, y sus palabras, que conjugaban deseo y reto, hicieron que la respuesta que traía ensayada se me quedara en la garganta. Sentí que el rubor me quemaba la cara, y sólo pude responder con una sentida sonrisa en la que se mezclaron satisfacción y agradecimiento.

Cuando me disponía a desasirme de su mano, retuvo con fuerza la mía unos instantes y añadió en tono confidencial:

—Si quiere trabajar conmigo, mañana la espero en mi despacho a las diez en punto.

Allí estaba yo, naturalmente, desde las nueve y media de la mañana ante la puerta del despacho del profesor más duro, temido y respetado habido nunca en la Facultad de Medicina, según relataban las crónicas orales que se transmitían de una generación a otra de estudiantes.

Apenas había dormido la noche anterior. Durante las largas horas de vigilia, había imaginado, corregido, inventado y hasta soñado la escena, que con la noche adquiriría tintes desmesurados. Sin duda, era la oscuridad quien agrandaba la situación y encogía mi entereza. La lentitud perezosa del reloj me parecía una crueldad. Cuando sus agujas se aproximaban a las seis de la madrugada, decidí prepararme para el que habría de ser el día más decisivo de mi existencia; entonces yo no podía imaginar hasta qué punto.

Me levanté con presteza. La sequedad de mi garganta contrastaba con la humedad viscosa de mi cuerpo provocada por el calor. Muy despacio, sin hacer ruido, introduje mis pies en las zapatillas y me dirigí al cuarto de baño, casi palpando paredes y muebles para no despertar a mi compañera y amiga Charo, que entonces compartía conmigo la habitación.

Abrí el grifo, puse debajo mi boca y bebí con avidez, hasta que el chorro de agua fresca restauró los estragos producidos por el insomnio. Dejé caer el camisón, que el suelo recogió indiferente, y concedí la libertad a mi larga y rizada cabellera roja. La agité a derecha e izquierda enérgicamente y busqué el efecto en el espejo. El volumen que había adquirido, y la espesa maraña de mis rizos ya libres, otorgaban a mi rostro un aire felino. Allí quedaba mi cara, perdida entre la maleza. Destacaban en ella unos enormes ojos verdes, rasgados, que el espejo me devolvía esa mañana con destellos de curiosidad y expectación, ante un horizonte prometedor que nunca hubiera sentido tan cerca.

Me complacía seguir observando mi cara. Mi nariz, más bien pequeña, no era uno de sus rasgos más relevantes, mientras que mis labios se hacían notar por su detallado dibujo y amplitud y su fácil sonrisa, que dejaba al descubierto unos dientes correctos y regulares. Era excesivamente pálida, pero las huellas de la noche anterior acentuaban aún más mi palidez. Deslicé la mirada por la imagen que el espejo me mostraba, y mi cuerpo me recordó la albura mármorea de las estatuas griegas, más por su color que por sus proporciones, demasiado alargadas como ya he dicho. La única nota de color marrón rojizo, se había cuidado la naturaleza de colocarla con profusión debajo de mis brazos y entre el nacimiento de mis piernas.

Estaba claro que no era una belleza en el sentido clásico de la palabra, pero me había ido convenciendo de que te-

nía un atractivo especial. Quizá fuese ese aire tan peculiar, rayando en el descuido, que no me importaba mantener.

Me quité las zapatillas y me coloqué debajo de la ducha. Con un movimiento mecánico y habitual, mis dedos giraron con rapidez y el impacto estimulante de aquel aguacero atrevido acarició con frescura cada poro de mi cuerpo. Cuando la toalla terminó su tarea me dirigí al cuarto de estar, donde había dejado mi indumentaria colocada sobre una silla. No había mucho donde elegir, ni me importaba el hecho de no contar con un ropero variado. Sin maquillar, con el pelo recogido en una trenza y enfundada en unos vaqueros casi siempre gastados, que solía conjuntar con un polo o camisa a cuadros, era la viva imagen de la sencillez y la naturalidad.

Ese día no quería ofrecer un aspecto diferente: los mismos vaqueros, un *Lacoste* verde manzana, la misma trenza, unos zapatos castellanos y un bolso de marroquinería colgado en bandolera. Mi corazón, al igual que dijera Adamo en su canción, entonces también lo llevaba *en bandolera*.

Un portazo leve, y el paso firme hacia la boca del metro. Madrid empezaba a despertar.

El minuterero de mi reloj sobrepasaba en dos minutos las diez de la mañana cuando golpeé tres veces la puerta cuya placa no dejaba lugar a dudas:

D. Fernando Antúnez
Catedrático de Obstetricia y Ginecología

Su voz, inconfundible, atravesó la barrera sin dificultad.

—Pase, doctora Morales —ordenó como si adivinara mi presencia.

Hice girar el pomo de la puerta y avancé con una resolución un tanto forzada.

Se puso en pie. Unas breves palabras de saludo y una sonrisa acogedora y franca por su parte, acabaron con mis

recelos. Con un gesto me invitó a sentarme, a la vez que él hacía lo propio. Enseguida se dispuso a poner en orden los muchos papeles que cubrían su mesa, tiempo que aproveché para lanzar una mirada rápida a mi alrededor.

El despacho era amplio, con un gran ventanal orientado al este. Las cristaleras dejaban paso a los rayos de sol que habían logrado atravesar las hojas de la enorme acacia situada a pocos metros. Las cortinas, descorridas, no suponían un tamiz en su camino, y las oscilaciones de luz producidas por la brisa jugaban libremente en la tarima, en las paredes enyesadas, entre las estanterías que albergaban cientos de tratados, enciclopedias y diccionarios colocados con meticulosidad.

Destacaban en el conjunto la mesa y el sillón de madera tallada que ocupaba el Profesor situados en el ángulo izquierdo; pero pronto fueron eclipsados por aquel extraño cuadro. La policromía de su marco contrastaba con el tenebrismo de la escena que representaba: un joven vestido con una túnica, que llevaba una lira en la mano, era conducido en una barca por un personaje misterioso.

—¿Conoce el mito de Orfeo y Eurídice? —preguntó el Profesor sacándome de mi contemplación—. Fue un músico griego que logró llegar a las profundidades infernales para suplicar al poderoso Plutón, dios de las tinieblas, que le devolviera a su amada Eurídice al mundo de los vivos, muerta apenas unos meses después de sus bodas.

Se había levantado y señalaba al barquero.

—Y éste es Caronte —continuó diciendo sin dejar de mirar la escena—, el barquero que conduce las almas de los difuntos del reino de la luz al reino de las tinieblas, separados por la laguna Estigia.

—¿Logró Orfeo su propósito? —pregunté.

—No; caminó durante largo tiempo por el mundo de las tinieblas seguido de Eurídice, pero antes de atravesar la laguna Estigia, quiso comprobar que su amada lo seguía, en contra de lo que había prometido a Plutón, y al volver la ca-

beza vio cómo la bella Eurídice se convertía en una columna de humo.

Mientras yo miraba impresionada la escena, añadió:

—Usted en su tarea de anestesista será como Caronte; tendrá que transportar a muchos pasajeros a través de la laguna Estigia.

Sus palabras me inquietaron y no supe qué responder.

—No se preocupe —añadió—; su barca conducirá a miles de pasajeros al mundo de las tinieblas, pero después serán devueltos por usted misma al mundo de la luz.

En aquel momento se hizo también la luz en mi cerebro y supe a dónde quería conducirme con su alegoría. Suspiré aliviada y forcé una sonrisa.

—Me ha quitado de encima un gran peso —dije con la intención de restar dramatismo a una conversación cuyos derroteros empezaban a desconcertarme.

Volvió a sentarse en su sillón de roble tallado con incrustaciones de marfil, me miró fijamente a los ojos y disparó sobre mí una pregunta directa.

—¿Quiere trabajar en mi equipo, Andrea?

Mantuve su mirada y me concedí unos segundos antes de responder.

—Su ofrecimiento es para mí un motivo de orgullo, pero me temo que mi inexperiencia no me va a permitir estar a la altura que corresponde.

—Para mí también hubo un primer niño que traer al mundo y una primera histerectomía. Alguien confió en mí y ahora yo confío en usted.

Nos quedamos callados unos instantes. ¿Cuántos años habrían transcurrido desde entonces? No podía precisarlo. Me imponía su voz grave, su corpulencia —en aquel momento prefería verlo sentado—. En instantáneas breves, me aventuraba a observar sus cejas pobladas, que caían sobre unos ojos azules intensos a los que se asomaba una inteligencia preclara y una fuerte personalidad; su nariz recta, casi romana, cuyo nacimiento formaba un único plano con

el hueso frontal. Su pelo oscuro, un tanto largo y bien cuidado, en el que empezaban a lucir algunas canas. Su elegante barba que, para no desentonar, se iba tornando gris; su boca, de dientes grandes y bien alineados. Y por encima de todo, sus manos hábiles, diestras, de dedos largos, admiradas y admirables; esas manos cuyas proezas podían estar al alcance de mis ojos. Lo tenía cerca y no podía calcular su edad. Quizá sobrepasara los cuarenta y cinco años... O tal vez no habría cumplido los cuarenta.

Sin darme cuenta me sorprendió mi propia voz.

—Sí, Profesor. Acepto. Dígame cuándo tengo que empezar.

Volvió a ponerse en pie, alargó su mano, yo acerqué la mía levantándome también, y un fuerte apretón selló la que iba a ser una relación de muchos años.

Con voz paternal, como si de nuevo fuésemos profesor y alumna, concluyó:

—Conozco su fortaleza y su capacidad de trabajo, pero también conozco su corazón. Su tarea no va a ser fácil. Muchas veces, tendrá que arrebatar de la otra orilla a quienes se empeñan en no volver. Llegarán casi todos; sólo unos pocos se quedarán en el camino. Conduzca con destreza la barca, y nunca se culpabilice si alguien se pierde en la travesía. Cuando esto suceda, no mire hacia atrás como Orfeo, ni se eche al monte a llorar. Piense que muchas Eurídicés la esperan. —Su voz se hacía más solemne—. Cada pasajero tiene detrás de su historial clínico una historia personal, un lado humano en el que es peligroso hurgar. Reserve su corazón. No lo comprometa. Los viajeros van y vienen, pero a usted, doctora Morales, han de encontrarla siempre entera para facilitarles la travesía.

Lo había escuchado con sobrecogimiento, casi con devoción. No quise que se tradujera el peso que sus palabras producían en mi ánimo. Me sobrepuse, a duras penas, y sonriendo respondí: